



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13148

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 12 DE SEPTIEMBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Camartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Lo que esperamos

Con la función política realizada el domingo, son ya candidatos electos los que el sábado eran simples candidatos. El jueves serán diputados electos y cuando se reúnan las Cortes y se aprueben sus actas serán representantes del país.

De los cuatro elegidos, dos han sido probados en ocasiones múltiples; Cartagena les debe servicios de importancia y lo agradece otorgándoles siempre su representación. Los otros dos son nuevos; entre ellos y la población no ha habido hasta ahora servicios que pedir ni favores que hacer. Ni podía haberlos, porque ¿á título de que se iba á solicitar de los señores Echegaray y Maestre este servicio ó el otro favor? A título de nada.

Ahora ya es distinto; un puñado de papeletas metidas en las urnas ha establecido cierta dependencia entre aquellos señores y la población.

¿Nos felicitamos ó nos arrepentimos? ¿Nos damos el parabién ó el pésame? Seguramente no habrá ocasión de arrepentirse, ni motivo tampoco, porque si emulando los servicios de sus compañeros de candidatura toma el señor Maestre la defensa de la ciudad por él representada con la misma tenacidad y empeño que puso en hacer la luz en el proceso de Mazarete, encontrará ocasiones en que quedar lucido provocando nuestro agradecimiento.

Por lo pronto puede irse haciendo cargo de cosas que no tienen espera y que de no acudirías con un remedio pronto, cristalizarán en un futuro, por desgracia cercano, de males muy hondos. Nos referimos al estado de nuestro arsenal.

No es necesario ser un linco para comprender que siguiendo en la situación porque atraviesa morirá por falta de trabajo; y si llega ese instante tan temido, tampoco es necesario pensar mucho para darse cuenta de lo que ocurrirá.

No son de ahora ni de ayer ni del año pasado los temores que asaltan nuestra mente respecto á esos talleres nacionales de construcción naval, en los cuales libra su sustento una maestranza entendida y virtuosa que en ellos se formó á fuerza de trabajo y de experiencia; data de largo tiempo, de la fecha nefasta en que se perdieron las colonias y comenzó el país á sentir tedio por las cosas del mar.

Esa corriente de opinión extravíada, que rindiéndose al pesimismo creyó un día inútil lo que á Marina se refiere, porque dada nuestra situación económica nos era imposible aspirar á ser como Inglaterra ó Alemania por los mares, ha reaccionado por fortuna. Ha bastado que reflexione un poco en nuestra sociedad peligrosa y en lo imposible que es buscar amigos teniendo las manos vacías, para pensar de manera distinta como penso, ó le hicieron pensar á raíz de la destrucción de nuestra flota. Y tanto piensa en ello, que aplaudió sin reservas el proyecto del señor Cobian, ministro del Gobierno Villaverde, del hombre que se separó de Sitveia porque este aspiraba á hacer barcos y que vino á ser á la postre un convencido de que no se puede vivir sin marina cuando hay que guardar extensas costas.

—No hay peligro—contestan cuando la prensa departamental da rienda suelta á sus temores de que sobrevenga la clausura de los arsenales.—Tienen la vida asegurada. Hay créditos—añaden.

¡Créditos! Si, para terminar el «Cataluña». ¿Y luego, en qué va á ser ocupada la maestranza, ese

plantel de obreros que no se improvisa como y cuando se quiere?

¡No hay peligro! Nosotros lo palpamos, soñamos con él. Si nada se hace para desvanecerlo ¿no ha de preocuparnos?

Si el presupuesto para el año que viene fuese nuevo, cabría esperar que figurara en él algo que alejara el peligro del cierre, pero será viejo, el mismo que hoy rige, con ligeras modificaciones.

Antes de que termine quedará concluido el «Cataluña». Después... Ahí tienen nuestros diputados ocasión de servir á Cartagena. De los viejos no hablemos; han sido probados muchas veces y siempre han respondido. Ayúdenles los nuevos y procuren entre todos alejar este peligro que se cierne, que se palpa, que se acerca, digan lo que quieran los que niegan que existe.

TUERETAZOS

Terminaron las elecciones y ya descanza Doña Sinceridad.

Falta le hacia. Porque entre tirios y troyanos han puesto á la pobre señora que da lástima verla.

Lo de Rusia se arregla por fin. Un cuerpo de ejército ha aniquilado varios pueblos, matando á mil quinientos tártaros.

Por lo demás, los derechos de reunión, de palabra y de imprenta están restringidos con severidad tanta que no se tenía idea de cosa semejante.

A la única libertad que no se le pone cortapisa es á la de callar.

¡Pero qué paternal es ese gobierno de San Petersburgo!

Salvo la pataadura que se da á quien habla un poco alto, vivir allí de gloria.

Dice un periódico que en los desórdenes promovidos por los tártaros en la cuenca del Cáucaso, han perdido los ingleses, á causa de haber incendiado los rebeldes los pozos de nafta, seiscientos millones de francos.

Muy sin cuidado que vendá á los súbditos ingleses esa pérdida. Ellos no pierden nada.

Si fueran los usos que tienen que pagar la...

Ecos es que habrán sentido en el bolsillo del chaleco las pérdidas de los súbditos británicos.

Las sociedades económicas de la capital de Cataluña han tomado el acuerdo de que los ciudadanos se defendan con sus propios brazos ya que el Estado no atiende á su defensa.

Un poco vergonzoso es; pero vayan ustedes á aconsejar que tengan confianza en el Gobierno á unos ciudadanos que no hacen más que bir el estallido de las bombas que amenazan sus vidas.

El señor Moret ha sido invitado por el Ayuntamiento de Cádiz para asistir á la inauguración del monumento á Castelar.

Para cantar en prósa las glorias del respectable muerto se necesitaba un Moret.

Precisamente ese Moret que está invitado á hacer la apología de Emilio Castelar.

Tal para cual.

MONOS, PERROS Y GATOS auxiliares de la justicia

Todo el mundo ha oído hablar de los ganones que salvaron al Capitolio romano y es cosa también sabida que en muchos ejercicios se amuestran perros para que hagan el oficio de centinelas; pero no son tan comunes los casos en que el animal presta servicios á la justicia, espionando ladrones y deteniendo criminales.

Recientemente hizo las veces de polizonte un mono.

Un tal Lehallet, que se dedicaba á robar gallinas, penetró una noche en el gallinero de madame Houdin, de Clichy, y empezó á matar gallinas y á meterlas en un saco.

Cuando más engolfado se hallaba en la operación, se presentó entre las sombras una figura negra y grande que agarró al ladrón por el cuello.

El hombre comenzó á gritar aterrorizado, y á sus voces acudió la dueña de la casa cuando ya casi lo tenía estrangulado un mono propiedad de un vecino.

Separado el animal aprehensor, hubo que

llevar al ladrón al hospital en grave estado, y entonces dijo el dueño que había enseñado á su mono á vigilar á toda persona sospechosa que rondase la casa por la noche, y con tal celo cumplía su misión, que no solo cuidaba su casa, sino la del vecino.

Aun es mucho más notable lo que ocurrió al doctor Werner, de Dresdeu, con su perro.

Una noche penetraron en su vivienda unos ladrones, y después de darle y amordazarle, le robaron todo cuanto les vino en gana.

Como el ataque había sido en la sombra, el médico no tenía la menor idea de quiénes pudieran ser los autores del robo.

El perro, que estaba atado en el corral, no había ladrado siquiera, y por eso su dueño, lleno de disgusto, decidió desahucarse de él.

A los pocos días fueron detenidos dos sujetos sospechosos que habían sido vistos en los alrededores de la casa del doctor; pero no había medio de probarles el delito por carecer de pruebas.

A un policía se le ocurrió entonces que acaso el perro los reconociera, y en efecto, mezclados los sospechosos con otros presos, fueron pasando por una habitación donde estaban el perro y la policía.

Pasaron uno, dos, hasta tres hombres, y el perro los fué olfateando sin dar muestras de agitación; pero al pasar el cuarto se lanzó sobre él furiosamente.

Este individuo era uno de los sospechosos, y el otro pudo ser reconocido por el mismo procedimiento.

Ante una detención semejante, los ladrones no tuvieron más remedio que confesar el delito.

El invierno pasado, el día de Nochebuena, estando cubierto Londres de una niebla extraordinariamente densa, un transeunte encontró á un niño perdido siguiendo á un gato, que lo condujo á su domicilio manteniendo sin cesar.

Por el año 1890 un mal intencionado echó nubes envenenadas á dos monos de la casa de fuera de San Petersburgo, y á causa de ello se pusieron muy malos, pero lograron curarse.

Entonces se dispuso en poner un guarda para evitar que se pudiera repetir el mismo caso.

Aún no habían transcurrido quince días cuando el guarda vió que los monos hacían terribles ademanes á un señor viejo que los estaba contemplando.

Detenido el viejo, resultó ser un pobre

—¡No, no, amo mio, compasión!—exclamó con voz ronca agitándose en su dornajo;—¡no más drogas, patrón, yo os lo suplico! No lo volveré á hacer; os pido perdón... ¡No más drogas, mi buen amo! Si debo morir, dejadme morir en paz.

Consistía su traje en un levitón verde, abrochado con cordones y botitas de seda, y cubría su cabeza un sombrero de tres picos guarnecido con un viejo galón dorado.

Una gran barba gris, cuidadosamente peinada, le caía sobre el pecho y sus ojos se ocultaban por completo bajo demasurados anteojos de un azul muy oscuro.

A pesar de su cólera, había algo de solemne y teatral en sus movimientos, y por último, difería tanto de lo que el comandante Vasseur y Daniel esperaban que ambos juzgaron desde luego no haberle visto jamás.

Detuviéronse en el umbral de aquel tabuco oscuro y hediondo, á tiempo que el charlatán, que acababa de terminar su mistura en una taza desportillada, se acercó al orjado y le dijo con tono imperioso:

—¡Vamos, bebe, tnanate! Esto no es, á fe mía, tan suave como el aguardiente alcanforado y la tintura de cicuta con que te has saboreado esta mañana... Bébelo, ó si no, dentro de pocos momentos habrá un picaro menos en el mundo.

Pero el aspecto de aquella taza pareció redoblar las angustias del borracho.



Daniel y Vasseur se miraron, y después de una breve pausa dijo el comandante al tío Clochard: —¿Y cómo es, que no os habeis tomado la satisfacción de reembolsaros á costa de las espaldas de ese charlatán maldito?